

las privaciones numerosas, infinitas, que se imponía diariamente para ofrecerle algunos goces más.

—Berta,—dijo Tackleton afectando calculadamente un poquillo de cordialidad,—acercaos.

—¡Oh, me acercaré á vos sin ir á tuestas!—respondió Berta.—No tenéis necesidad de guiarme.

—¿Queréis que os diga un secreto?

—Lo quiero,—respondió con entusiasmo.

¡Cuán radiante, cuán espléndida se puso aquella cara hundida en las tinieblas! ¡Qué aureola tan luminosa rodeó aquella cabeza atenta!

—Este es el día en que la pequeña... ¿cómo se llama? la niña mimada, la mujer de Peerybingle, os hará la visita habitual para realizar su extravagante fiesta á escote, ¿verdad?—añadió Tackleton con pronunciada expresión de desdén hacia la agradable expansión tradicional.

—Sí, es hoy,—respondió Berta.

—Así me lo ha parecido;—repuso Tackleton.—Pues bien, quisiera ser de la partida.

—¿Lo oís, padre mío?—exclamó la ciegucecita enajenada y fuera de sí.

—Sí, sí, lo he oído,—murmuró Caleb con mirada fija de sonámbulo;—pero no lo creo. Será una de tantas ilusiones que me complazco en forjar.

—No; veréis... Es que... deseo aproximar un poco los Peerybingle á May Fielding... Querría que se relacionasen... ¡Voy á casarme con May!

—¡Casaros!—exclamó la ciegucecita alejándose bruscamente de él.

—¡El diablo confunda á la idiota! ¡Ya preveí que llegaría un momento en que no podría hacerle comprender mi idea! Sí, Berta, me caso. La iglesia, el ministro, el pasante, el bedel, la carroza de cristales, las campanas, el desayuno, la torta de la novia, las cintas de seda, los clarinetes, los trombones y todo el alboroto; una boda, ¿entendéis? una boda. ¿Sabéis bien lo que es una boda?

—Lo sé,—dijo la ciegucecita dulcemente,—lo comprendo.

—¿De veras?—murmuró Tackleton.—¡Gran fortuna! Pues bien, he aquí por qué deseo ser de la partida y traer conmigo á May y su madre. Os enviaré por la mañana alguna cosilla, sea la que fuere; una pierna fría de carnero, ú otra golosina cualquiera de la misma clase. ¿Me esperaréis?

—Sí,—respondió Berta.

Había dejado caer la cabeza sobre el pecho y se había vuelto hacia el otro lado; y permanecía en esta postura en pie con las manos enlazadas, inmóvil y soñadora.

—No creo que me esperéis,—murmuró Tackleton echándola una mirada.—Parece que lo hayáis olvidado todo. ¡Caleb!

—Supongo que puedo atreverme á creer que estoy aquí,—pensó Caleb.—¡Señor!

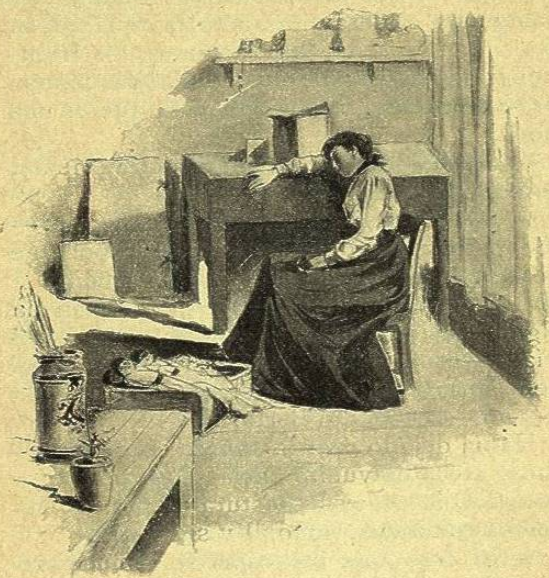
—Procurad que Berta no olvide lo que le he dicho.

—¡Oh, no temáis! No olvida nunca. Es la única cosa que no sabe hacer.

—Cada cual llama cisnes á sus gansos,—

gruñó el comerciante de juguetes levantando los hombros.—¡Pobre diablo!—

Después de esta observación maligna, emitida con actitud de soberano desprecio, Gruff y Tackleton se retiraron.



Berta permaneció en el mismo lugar en que él le había dejado, entregada por completo á sus tristes pensamientos. La alegría había desaparecido de su semblante brumoso lleno ya de profunda melancolía. Tres ó cuatro veces sacudió la cabeza como si llo-

rarse el recuerdo de un bien perdido, pero sus dolorosas reflexiones no encontraron palabra alguna con que expansionarse.

Caleb, por su parte, estaba ocupado desde algún tiempo en fijar á un coche un tiro de caballos por medio de un procedimiento excesivamente sencillo, que consistía en clavar el arnés en la carne viva del animal. Terminaba ya, cuando su hija se aproximó á su escabel de trabajo y se sentó á su lado diciendo:

—Padre mío, conozco que he vuelto á caer en la soledad y en las tinieblas. Necesito mis ojos, mis ojos pacientes y prontos á todas horas.

—Helos aquí,—respondió Caleb,—prontos en verdad á todas horas. Son más tuyos que míos, Berta, y puedes disponer de ellos en cualquier instante. ¿De qué modo pueden serte útiles tus ojos?

—Mirad alrededor del cuarto.

—Ya estoy listo,—dijo Caleb.—Dicho y hecho, Berta.

—Describídmelo.—

—Está como siempre,—notó Caleb,—sencillo, pero muy cómodo. Los vivos colores de las paredes, las flores brillantes de los platos, la madera que aparece limpia y brillante donde quiera que haya vigas y tableros y el conjunto de alegría y aseo de la casa le dan un aspecto lindísimo.—

En efecto, la casa estaba aseada y alegre en el espacio á que podía llegar la mano de Berta, pero en ninguna otra parte se notaba alegría, ni aseo posible, en el antiguo soportal agrietado que la imaginación

de Caleb transformaba por arte de encantamiento.

—Lleváis la ropa de trabajo y no estáis vestido tan elegantemente como cuando lleváis el vestido nuevo,—dijo Berta tocando á su padre.

—No tan elegantemente,—respondió Caleb,—pero ya estoy bien así.

—Padre mío,—dijo la ciegucecita acercándosele y pasándole el brazo alrededor del cuello,—habladme de May. ¿Es muy hermosa?

—Sí, ciertamente,—dijo Caleb.

Y era verdad. Pocas veces Caleb tuvo que recurrir menos á su imaginación.

—Tiene cabellos negros,—añadió Berta pensativa,—más negros que los míos. Su voz es dulce y armoniosa; lo sé; muchas veces me he complacido oyéndola. Su cintura...

—¡No hay en toda la habitación una muñeca cuya cintura pueda compararse con la de May! ¡Y sus ojos!...—

Pero se detuvo, porque Berta se había suspendido más estrechamente á su cuello y el brazo que le rodeaba le hizo sentir una presión convulsiva de la que comprendió con demasiada claridad el significado.

Tosió un momento, dió algunos martillazos á sus caballitos vivarachos y volvió á tararear la canción báquica del vino espumoso, que era su infalible recurso en semejantes dificultades.

—¡Nuestro amigo, nuestro padre, nuestro bienhechor! Nunca me canso de oír hablar de él. ¿Querréis creerlo? ¡Nunca me canso!

—No; claro está,—respondió Caleb,—y con razón.

—Sí, sí, con razón,—exclamó la ciegucecita.—

Y pronunció con tanto calor estas palabras, que Caleb, á pesar de la pureza de sus intenciones al engañar la simplicidad de su hija, no osó mirarla á la cara; bajó por el contrario los ojos, como si Berta hubiese podido leer en ellos su ficción.

—Pues, habladme de él, querido padre,—dijo Berta,—con más frecuencia que antes. Su rostro es benévolo, bueno, tierno, honrado, lleno de franqueza; estoy segura de ello. El corazón generoso que procura ocultar todas sus bondades bajo la apariencia de la rudeza y del mal humor, debe hacerse traición en cada una de sus miradas.

—Cosa que le ennoblece,—añadió Caleb con tranquila desesperación.

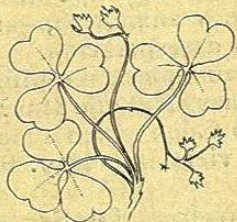
—Que le ennoblece,—repitió la ciegucecita. ¿Tiene más edad que May?

—Sí,—dijo Caleb como á pesar suyo.—Es algo más viejo que May. Pero no importa.

—¡Sí, sí, padre mío! Ser su paciente compañera en las dolencias de la vejez, su guardiana atenta en la enfermedad, su amiga fiel en el sufrimiento y en la aflicción, trabajar por él ignorando la fatiga, velar por él, consolarle, sentarse junto á su cama, hablarle cuando esté despierto ¡qué privilegios tan dichosos para su mujer! ¡Qué ocasiones para probarle toda su fidelidad y su rendimiento! ¿La creéis capaz de hacer todo esto, padre mío?

—Sin duda alguna,—respondió Caleb.
—Si es así, amo á May, padre mío, puedo amarla con toda el alma!—exclamó la ciegucecita.

Y pronunciando estas palabras, apoyó su pobre semblante privado de luz en el hombro de Caleb, llorando con tanta fuerza, que éste quedó casi pesaroso de haberla causado una felicidad acompañada de tantas lágrimas.



III

No hubo poco alboroto al día siguiente en casa de John Peerybingle. La señora Peerybingle, naturalmente, no podía dirigirse á lugar alguno sin el chiquitín, y se necesitaba algún tiempo para embalarle. No quiere decir esto que la señora Peerybingle se hubiese de preocupar mucho de la susodicha mercancía bajo el doble aspecto del peso y del volumen, pero eran indispensables para realizar semejante operación una multitud infinita de cuidados y de precauciones sucesivas. Por ejemplo, cuando se hubo llegado paso á paso á cierto punto de su *toilette*, en cuyo punto hubierais podido suponer razonablemente que con dos ó tres toques más nada le hubiera faltado para considerarse como uno de los muñecos mejor empaquetados del orbe, y á punto de desafiar valientemente al mundo entero, hubo que ponerle de pronto un

gorro de franela, verdadero matacandelas, y conducirle á la cuna haciéndole desaparecer entre dos sábanas por espacio de una hora. Arrancáronle luego á ese estado de pesadez y apareció colorado como un cangrejo y dando gritos atroces. Hiciéronle tomar... ¡vaya! preferiría, si me lo permitieseis, hablar de un modo general... una ligera comida; después de lo cual se fué á dormir de nuevo. La señora Peerybingle aprovechó este intervalo para ponerse tan rozagante como la que más; y durante este breve tregua miss Slowboy vistióse un *spencer* de forma tan sorprendente é ingeniosa, que no parecía haber sido confeccionado para ella ni para mujer alguna; era una rareza estrecha que caía en forma de orejas de perro, sin parecerse á ningún otro *spencer* y sin ninguna relación con cualquiera otra prenda de vestir. Luego el chiquitín, vuelto de nuevo á la existencia, fué embozado por los esfuerzos reunidos de la señora Peerybingle y miss Slowboy, en un manto de color manteca fresca; luego le pusieron una gorrita de nankín en forma de tarta. Terminados estos preparativos, bajaron los tres hasta la puerta. Por cierto que el caballo llenaba el suelo de autógrafos impacientes, mientras lejos de él, perdiéndose en la obscuridad, el impetuoso Boxer se volvía hacia su camarada como si le invitase á partir sin aguardar la orden de su amo.

Poco conoceríais al honrado John, si creyeseis que se necesitó una silla ú otro objeto semejante para ayudar á la señora Peery-

bingle á subir al coche. Antes que hubieseis tenido tiempo de verla en sus brazos, estaba ya sentada en su sitio, fresca y colorada, y decía:

—¿En qué pensáis, John? Acordaos de Tilly.

Si pudiese permitirme hablar,—es una suposición aventuradísima,—de las piernas de una joven, notaría á propósito de las de Tilly Slowboy que á causa de una fatalidad singular estaban expuestas sin tregua á todo género de averías, y que su dueña no efectuaba el menor movimiento de ascenso ó descenso sin trazarse en ellas una raya, del mismo modo que Robinsón Crusoe señalaba los días en su calendario de madera. Pero como estas reflexiones podrían parecer inconvenientes, las guardaré para mi sayo.

—John,—prosiguió Dot,—¿habéis tomado el cesto que contiene el pastel de jamón, algunas otras cosillas y las botellas de cerveza? Si no lo habéis recogido, desandaremos el camino inmediatamente.

—Me gusta la cachaza que tenéis,—dijo el mandadero,—de hablarme de desandar el camino, después de haberme hecho retardar más de un cuarto de hora.

—Lo siento mucho, John,—repuso Dot muy turbada,—pero de ningún modo me atrevería á presentarme en casa de Berta... de ningún modo, John... sin el pastel de jamón, las demás cosillas y las botellas de cerveza. ¡Alto!—

La última palabra se dirigía al caballo, quien no paró mientes en ella.

—¡Deteneos, John, os lo suplico!—exclamó la señora Peerybingle.

—Podrías pedir que me detuviese,—respondió John,—si hubiese olvidado algo. El cesto está en el carruaje, en lugar seguro.

—¡Qué corazón de monstruo tenéis, John! ¡Y no habérmelo dicho en seguida! Por todo el oro del mundo no hubiera ido á casa de Berta sin el pastel, las demás cosillas y las botellas de cerveza. Habitualmente, cada quince días, desde que nos casamos, realizamos con Caleb y su hija nuestras fiestecillas. Si cualquier incidente turbase su regularidad, me parecería un funesto presagio.

—Vaya, no tuvisteis mala idea el día en que se os ocurrió iniciar esta costumbre,—dijo el mandadero,—y esto os honra, mujercita.

—Querido John,—respondió Dot ruboriéndose,—no digáis estas cosas. ¡Cielo santo!

—A propósito,—observó el mandadero,—ese anciano...

Nueva turbación por parte de Dot, y por cierto muy visible.

—Es extraño, muy extraño,—prosiguió John mirando hacia adelante.—No puedo explicármelo. Sigo suponiendo que nada hemos de temer de su parte.

—No, no de ningún modo... Estoy... estoy enteramente segura de su honradez.

—¿De veras?—preguntó el mandadero dirigiéndola su mirada, atraída por la vivacidad de su lenguaje.—Me satisface que estéis tan convencida de ello, porque confirmáis mis esperanzas. De todos modos es

muy curioso que se le ocurriese pedirnos hospitalidad. ¡Se ven cosas tan raras en el mundo!

—¡Cosas tan raras!—repitió Dot en voz baja, tan baja que apenas se oía.

—A pesar de todo, es un viejo *gentleman*,—añadió John,—que paga como buen *gentleman*; de manera, que bien creo que pueda fiarse uno de su palabra como de la palabra de un *gentleman*. Esta mañana he conversado largamente con él; me entiende mejor, lo cual, según dice, es debido á que se va acostumbrando á mi voz. Me ha hablado mucho de sí mismo; ¡qué preguntas tan particulares me ha hecho! Le he dicho que yo hacía dos viajes, como sabéis, obligado por mi oficio; un día, á la derecha, salida de casa y vuelta, y al día siguiente á la izquierda, salida de casa, y vuelta (porque él es extranjero y desconoce los nombres de los pueblos), cosa que ha parecido complacerle mucho.—De modo, que esta noche volveré á casa,—me ha dicho,—siguiéndoos á vos, siendo así que creía, por el contrario, que tomaríais el camino exactamente opuesto. ¡Muy bien! Quizá os moleste todavía rogándoos que me ofrecáis de nuevo un lugar en vuestro carruaje, pero me comprometo á no caer otra vez en sueño tan profundo como el pasado.—Porque, lo que es la otra vez, dormía profun... ¿En qué pensáis, Dot?

—¿En qué pienso? Os... os... escuchaba.

—¡Bien, bien!—dijo el mandadero.—Temí al ver vuestro aspecto distraído, haber hablado con tanto exceso, que os hubiese

alejado cien leguas de aquí. Poco ha faltado para que lo juzgara indudable.—

Dot no respondió ni una sola palabra, y el carruaje siguió por algún tiempo avanzando en silencio. Pero no era cosa fácil la mudez en el carruaje de John Peerybingle, porque cuantos pasaban por su camino tenían algo que decirle, aunque sólo fuese un «¿cómo estáis?» y realmente, no solían decirle cosas de mucha más importancia. Y era necesario responder con toda la cordialidad posible, no sólo con una inclinación de cabeza ó una sonrisa, sino con un saludable ejercicio de pulmones, ni más ni menos que si se tratase de un discurso de grandes alientos, pronunciado en la Cámara. Algunos viajeros á pie ó á caballo acudían á ambos lados del carruaje para viajar en conserva una partecita del camino, sólo para conversar un momento, y entonces se cruzaban de una y otra parte buen número de palabras.

Luego Boxer obligaba al mandadero á expresar su cariñoso reconocimiento recíprocamente, mejor de lo que hubieran sabido hacerlo media docena de hombres hechos y derechos. Todo el mundo conocía al perro, especialmente las gallinas y los cerdos, que al notar que Boxer se aproximaba, mirando al soslayo con las orejas levantadas para escuchar junto á las puertas y con la extremidad de la cola en forma de trompeta, retirábanse inmediatamente á los lugares más escondidos de la casa sin aguardar el honor de trabar con él más íntimo conocimiento. Boxer se ocupaba de todo,

se perdía en los más insignificantes recuerdos, miraba el fondo de los pozos, penetraba con gran empuje en el interior de las chozas saliendo luego con la misma petulancia, hacía irrupción en las casas de los maestros de escuela, aterrorizaba los palomos, hacía enderezar la cola de los gatos y se paseaba por los figones como persona bien enterada de los alrededores del camino.

Donde quiera que fuese, se oía una voz que decía:—¡Ea, aquí está Boxer!—y el dueño de la voz salía en seguida, acompañado de dos ó tres personas por lo menos, para saludar á John Peerybingle y á su linda mujercita.

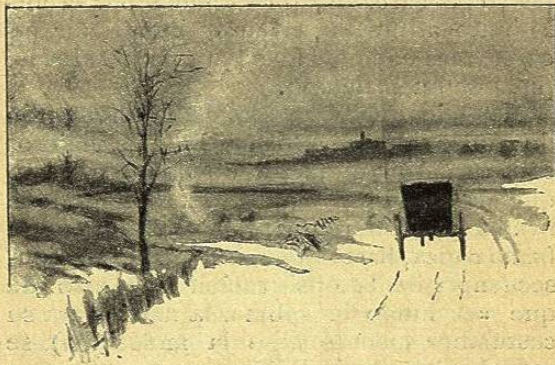
Los fardazos y los paquetitos colocados encima del carruaje de John eran muy numerosos, por cuyo motivo el mandadero se detenía con frecuencia para recibirlos ó devolverlos. Y estos momentos no constituían por cierto la parte menos agradable del viaje. Algunos esperaban los paquetes con gran impaciencia; otros se maravillaban al recibirlos, y los de más allá no cesaban de recomendar especialmente sus paquetes. El mismo John se tomaba un interés tan real por todos los paquetes, que de él resultaban frecuentes escenas de comedia. Además, John no podía encargarse de algunos artículos sin madura reflexión, sin discusión previa; y tenían lugar entre el mandadero y los expedidores largas conferencias en toda regla á las que solía asistir Boxer; haciéndose notar en ellas por breves accesos de muy seria atención, y sobre todo por largos accesos de locura en

que corría como un desesperado alrededor del grave areópago ladrando hasta enronquecerse. Dot, inmóvil en su lugar, dentro del carruaje, se entretenía con todos estos incidentes, que podía presenciar atentamente sin moverse un ápice, y formaba un lindísimo cuadro, bajo el marco del toldo. De modo, que puedo aseguraros que los jóvenes, al verla, nunca dejaban de tocarse con el codo, mirarse unos á otros, hablar bajo y envidiar la suerte del feliz John; y el feliz John se arrobaba al notarlos, porque estaba orgulloso de su mujercita y sabía que Dot no hacía caso de los admiradores... aunque tampoco la disgustase oírles.

El viajecito no se hacía con tiempo despejado, porque corría á la sazón el mes de Enero y el tiempo era frío y rudo. Pero ¿quién se inquietaba por tan poco? No sería Dot seguramente; ni Tilly Slowboy, porque para ella ir en coche, de cualquier modo que fuese, era el supremo grado de las dichas humanas, el *nec plus ultra* de las esperanzas del miserable mundo: ni el niño, me atrevería á jurarlo, porque jamás niño alguno, cualquiera que fuese su capacidad bajo este doble aspecto, estuvo más caliente ni más profundamente dormido que el bienaventurado Peerybingle menor, durante toda la ruta.

No se podían divisar grandes distancias á consecuencia de la bruma, pero ésta no era impenetrable ni mucho menos. Admiraba ciertamente el gran número de cosas que pueden verse entre una bruma más espesa todavía que aquella por poco que quiera

tomarse la pena de mirar. En fin; sólo el contemplar desde el propio lugar las rondas de hadas (1) y los montones de escarcha, que permanecían aún á la sombra de los vallados y los árboles, constituía una agradable ocupación; esto sin contar con las formas impensadas que presentaban los árboles de



pronto desprendiéndose de la bruma y antes de entrar en ella otra vez para desprenderse de nuevo. Los setos, confundidos, despojados de sus hojas, abandonaban al viento gran número de guirlandas marchitas, pero este espectáculo no era entristecedor. Resultaba, al contrario, agradable, porque hacía resaltar mucho más el atractivo de un rincón del hogar que poseyeráis durante el invierno, y os hacía más hermosa la espe-

(1) Así se llaman en Inglaterra los lugares desnudos, casi siempre circulares de los páramos y matorrales.—*(N. del T.)*.

ranza de la próxima primavera. El río conservaba aspecto friolero, pero seguía corriendo y aún corría dulcemente; sólo que el curso era algo lento y entorpecido, pero no importaba; no por eso se helaría con menos dilación cuando el frío se hiciese sentir con todo su rigor, y entonces todo el mundo iría allí á patinar, á resbalar, y las viejas barcazas, aprisionadas por el hielo junto al muelle, echarían humo por las chimeneas enmohecidas para procurarse un poco de buen tiempo.

Más lejos, en el campo, ardía un montón de malas hierbas y rastros. Los viajeros contemplaron el fuego de pálido aspecto que exhalaba á la luz del día, á través de la bruma por intervalos, la claridad de una llama rojiza, hasta que mis Slowboy, á consecuencia de la observación que hizo de que «el humo le subía á la nariz» (era su costumbre cuando algo la molestaba), se sofocó y despertó al niño, que ya no quiso volver á dormirse.



IV

BOXER, que tomó poco más ó menos la delantera de un cuarto de milla, había pasado los antemurales del barrio, llegando al rincón de la calle en que vivían Caleb y su hija. De modo que mucho tiempo antes que los Peerybinglé hubiesen llegado á la puerta de su casa, Caleb y la ciegucecita estaban en la acera dispuestos á recibirles.

Boxer, dicho sea de paso, en sus relaciones con Berta, se fundaba en ciertas distinciones sutiles que nos permiten creer sin duda alguna que conocía su ceguera. No procuraba nunca llamar su atención mirándola, como solía hacerlo con los demás; siempre se acercaba á ella para darse á conocer por medio del tacto. Ignoro la experiencia que pudiese haber adquirido acerca de la ceguera de los hombres ó de los perros; no había vivido nunca con ningún ciego, ni el señor Boxer padre, ni la señora